

al pueblo á escesos que desviarán á la revolucion de su curso majestuoso, citándose como prueba de ello la ejecucion de tres ó cuatro de los más odiados polizontes que habian servido á los inmorales abusos de los polacos: en efecto, aquellos hombres que eran unos grandes criminales, sobre todo D. Francisco Chico, que era el jefe superior de la policía y al mismo tiempo de todos los ladrones de la corte, fueron sacados de su escondite y fusilados por las turbas indignadas, que fueron en aquella ocasion instrumento de la justicia divina. Esta clase de ejecuciones no merecen en efecto la aprobacion de los hombres sensatos por más que sean justas, pero no son de estrañar en épocas de tanta efervescencia, cuando el pueblo entregado á su propia autoridad quiere dejar algunas pruebas de su cólera y su poder. Aparte de esto, no se ha sabido que hubiera ningun otro esceso, ni que el pueblo abusára de su soberanía en tan críticas circunstancias.

El capitan general y la Junta de salvacion hicieron los mayores esfuerzos para sosegar la pública escitacion con sus juiciosos bandos y proclamas. La Reina tambien creyó oportuno dirijir su voz al vecindario y se publicó un manifiesto suyo en que confesando que habia sido engañada por pérfidos consejeros, se confiaba á su pueblo, segura de su lealtad, y prometia no apartarse de la senda de libertad y de justicia que se iba á inaugurar. Este manifiesto que llevaba la fecha de 26 de Julio fué acogido con alguna indiferencia: el pueblo comprendia que no debia confiar demasiado en aquellas hipócritas protestas. La organizacion y armamento de la Milicia Nacional continuó con la mayor actividad: las barricadas continuaron en pie y fueron adornadas con caprichosa alegria, para hacer un recibimiento digno del ilustre pacificador de España, que no podia tardar en llegar y que se encontraba á la sazón en Zaragoza. Cuadros, banderas, ramaje, luces y cintas cubrieron las desnudas fortificaciones, tras de las cuales el pueblo se habia procurado su libertad y los ciudadanos armados velaban al pié de ellas entonando himnos patrióticos.

El dia 27 por la mañana desfilaron por delante de la Junta superior ocho batallones de Milicianos nacionales de infanteria perfectamente armados, dos escuadrones de caballeria y dos baterias de artilleria: en tan pocos dias se habian organizado tan respetables fuerzas.

Vanas fueron todas las escitaciones de la Junta, del general San Miguel, del brigadier Atmeller y de otros patriotas para conseguir que el pueblo deshiciera las barricadas y las abandonase: los madrileños habian jurado permanecer al pié de ellas arma al brazo hasta tanto que el único hombre que merecia toda su confianza no estuviese dentro de los muros de la capital.

Por fin, en la mañana del 28, el duque de la Victoria, el pacificador de España, el ídolo de Madrid y Zaragoza, el restaurador y libertador de la patria, hizo su entrada triunfal en la capital, entre un gentío inmenso que se agolpaba á su paso lleno de un júbilo indecible, y de un frenético entusiasmo. Las músicas, las salvas, los vítores ensordecian el aire; Madrid parecia loco de alegría al abrazar de nuevo al ilustre patricio de quien todo lo esperaba, á quien 11 años de proscripcion y soledad habian elevado á la categoría de los héroes, añadiéndole á la corona de la gloria, la corona del sufrimiento.